

Entre los cerros de mi tierra

Arturo Martínez Gómez



Image not found.

Capítulo 1

Ando entre los cerros de mí tierra, largos montes tendidos bajo el cielo azul, marea de zacate que se va dorando con el sol que parece jamás moverse de allá en lo más alto del cenit.

Este, mi camino, es uno de los tantos de terracería que recorren como venas los valles, montes y pueblos escondidos donde el mixteco sigue siendo lengua. Caminos de tierra blanca que asemeja el polvo de viejos huesos, tierra que danza en remolino con el viento poseído por Huehucóyotl, alborotando en su baile las hojas vagabundas de una antigua cosecha, todos al ritmo del mezquite que canta con sus hojas y mece de sus vainas una dulce melodía mexicana.

Mi frente bronceada por el sol, esta cubierta con la tierra que retoza y se revuelca entre mis pies a cada paso que doy y la despierta. Gotas de sudor se abren camino entre el polvo aferrado de mi cara, patinando hasta mi barbilla y mi nariz que las sueltan dulcemente para azotar en lo seco del camino.

Recorto mi trayecto por la verde milpa, ella con sus largas hojas se sujeta de mi ropa. Se sienten como tiernas manos que me invitan a quedarme en lo fresco de su sombra, pero no puedo detenerme, ya oigo el río.

Ahora se une a mi silvestre orquesta el sonido del agua embistiendo ovaladas rocas que alfombran su camino de negro y gris. El zacate reverdece y los mezquites se ven pequeños a lado de un gran sauce que por una eternidad me ha regalado su calma sombra a lado de un tranquilo meandro de este manso río que parece detenerse en su perpetua trayectoria para entretenerse con el suave movimiento de las tristes ramas de este árbol que se balancean y lloran sobre sus aguas diáfanas, acariciadas tiernamente por la fresca briza que viene bañada en luz de ocaso. Luz de sus ojos.

Entre sus frías raíces hago mi morada y me recibe con un dulce abrazo perfumado de dalias y flores de jamaica. Libélulas juegan y copulan entre hojas que se estiran fuera de su madre agua y su fresca espuma para respirar la luz del sol, espuma que asemeja bellas perlas huyendo en la corriente. El éxtasis de insectos desaparece junto con las fuerzas del astro rey que va muriendo entre las secas ramas de una melancólica arboleda que invade el horizonte.

Adormecido en el dulce lecho que octubre regala para mis espaldas, me tendí en los brazos de Morfeo, brazos que me arrojan a la bella imagen de aquella mujer en un sueño de pupilas adornadas con el mismo firmamento que me observan desde una inerte posición. Recostada siempre en aguas de amapola y madre selva. Al volteo de su mirada es cuando despierto,

justo antes de ser testigo del cosmos que aquella mujer guarda en sus ojos, es cuando regreso entre los vivos, y regreso para darme cuenta que la noche me a tragado entero, una enorme luna refleja con radiante claridad los rayos de un difunto sol, iluminando el rio con destellos de diamantes escondidos entre aguas taciturnas, regalo de la nocturna madrugada.